

Como á la vez que yo he publicado mis Memorias ha escrito sobre el mismo asunto en Guanajuato sus apuntes ó rectificaciones á la historia de D. Lucas Alaman, el Sr. Lic. José María Liceaga, escribiendo él como testigo presencial de los acontecimientos que pasaron en aquella ciudad en los primeros años de nuestra gloriosa independendia, teniendo buena memoria para recordarlos, buen juicio y mucho criterio, aunque entiendo que no discordamos, si alguna discrepancia hubiere me refiero á lo que él diga.

CAPITULO XIV.

SUMARIO.—*Vuelve el autor á ocuparse de Guadalajara.—Qué pasaba en esta ciudad, cabecera entónces de la intendencia de su nombre, y hoy capital de Jalisco, á la vez que pasaban los acontecimientos que ántes se han referido en Guanajuato.—Variaciones en el estado de la opinion del pueblo en aquella ciudad.—Gran reunion de gente en ella.—Trabajos militares para hacer venir la artillería de San Blas y regimentar aquellas masas.—Noticia de la aproximacion de Calleja y disposiciones para salir á su encuentro.—Junta de guerra en el puente de Tololotlan: opiniones que en ella se indicaron y cuál fué la que prevaleció.—Ocupacion del puente de Calderon por el ejército independiente, ántes que Calleja pudiera llegar.—Reconocimiento que este hizo de la posicion de los independientes la víspera de la accion.—Batalla del puente de Calderon; peripecias de ella; el triunfo estuvo casi decidido en favor de los independientes hasta las tres de la tarde.—Ocurrencia casual y desgraciada que sobrevino á esa hora.—Motivos porque se perdió por los independientes una accion tan importante.—Recursos que el Sr. Hidalgo sacó de Guadalajara.*

Preciso es volverse á ocupar de Guadalajara. Se ha visto ya que por una coincidencia casual, en el mismo dia en que el Sr. Hidalgo era recibido con un entusiasmo frenético por la poblacion de la ciudad y que recibia felicitaciones de todas las corporaciones, incluso el cabildo eclasiástico, que lo recibia en la puerta de Catedral con los honores del patronato, el Sr. Allende tenia que abandonar á Guanajuato retirándose á Zacatecas, donde no pudo permanecer por la causa que ya se ha referido, viéndose obligado á replegarse á Guadalajara, donde vinieron á reunirse con el Sr. Hidalgo todos los generales.

El espíritu público en Guadalajara por el desprestigio en que había caído el intendente D. Roque Abarca, por su ineptitud y por haberse entregado en manos de una junta en la que predominaban los oidores Recacho y Alba, que no eran mas que charlatanes, con lo que él quedaba reducido á completa nulidad, se había mantenido desde el año de 808 hasta mediados de 819 en una verdadera atonía. La noticia del grito de independencia dado en Dolores y las consecuencias que inmediatamente siguieron, siendo una de ellas el levantamiento de partidas de gente armada, que unas á las órdenes del general Torres y otras al mando de Alatorre, Huidobro y Godines, amagaban á la ciudad por distintos rumbos, habiendo derrotado á las primeras tropas que salieron á batirlos, creó en la mayoría del pueblo, decidida por la independencia, un estado de halagüeña expectativa. Por último, la entrada pacífica del general Torres, la fidelidad con que cumplió lo que había prometido, y en fin, la llegada del Sr. Hidalgo y de los otros generales, produjo el frenético entusiasmo que ya se ha descrito. Sin embargo, cuando se comenzó á aprehender á muchos españoles, á ocupar sus bienes y á sacarlos en partidas para sacrificarlos á sangre fría; como ellos y sus familias estaban relacionados en toda la población, esto comenzó á rebajar el entusiasmo con que el generalísimo había sido recibido en su entrada.

El Sr. Hidalgo, no obstante el no haber podido aprovechar la victoria obtenida en el monte de las Cruces, la pérdida de Guanajuato, las desgracias ocurridas á Allende, tenía fé en el triunfo de su causa, y no dudó un momento que se conseguiría al fin la independencia; ni pudiera dudarle: á pesar de esos reveses, veía difundida la opinion en favor de la independencia en todo el país, y levantados millares de brazos para defenderla. En Guadalajara se repetía la se-

gunda edicion de las escenas que habían pasado del 12 al 28 de Setiembre en Dolores, San Miguel, Celaya y Guanajuato; en Guadalajara se reunían entónces millares de gentes de Colima, de Colotlan, del Peñon, Juchipila, de Jerez, en fin, de los puntos mas distantes de la provincia y aun de las inmediatas poblaciones en masa, que venían á pelear bajo sus órdenes por la causa sagrada que él defendía.

Así es que mientras él se ocupó de la política, organizando un gobierno, arreglando la administracion de justicia con el nombramiento de una audiencia y dictando otras medidas administrativas de que se ha hablado, el Sr. Allende pasaba una revista en la que se presentaron mas de cien mil hombres; y él, Abasolo, Jimenez y los otros generales, se ocuparon de regimentar hasta donde fué posible aquellas masas informes que no eran mas que un amontonamiento de gente, empleando en esto veintidos dias, que fué el tiempo de que pudieron disponer. Ante todo se pensó en hacer venir de San Blas la artillería que había tomado en aquella fortaleza y en los buques que estaban en la bahía el cura Mercado y los cañones de mas grueso calibre: las piezas de plaza que acaso por centenares de años no se habían movido de su sitio, fueron trasportadas á brazo al través de las profundas y difíciles barrancas que median entre Guadalajara y San Blas; y todo se hizo casi en momentos, debiéndose esta obra prodigiosa al entusiasmo de todos los pueblos con que contribuían para el logro de la independencia; habiendo dirigido esta operacion D. Pedro García, comisionado por el Sr. Hidalgo, segun lo ha referido él mismo al autor de estas Memorias.¹

El dia 28 de Diciembre de 1810 hubo una falsa alarma

¹ En la guerra de invasion de los americanos, D. Juan Arista era el prefecto político de Tepic; hizo bajar tambien la artillería de San Blas á Guadalajara, y D. Diego José Perez Fernandez, vicegobernador del Estado de México en la misma época, hizo bajar la artillería gruesa de Acapulco hasta las inmediaciones de la capital.

en toda la ciudad y en las grandes masas que formaba el ejército independiente, á consecuencia de haberse esparcido la noticia de que se acercaban las tropas realistas; el general Allende salió á hacer un reconocimiento; resultó la noticia infundada, y se restableció la calma.

El día 14 de Enero de 1811, ó en la noche anterior, se repitió la noticia: ya no hubo duda de su certeza, y el Sr. Hidalgo y los demas generales resolvieron salir inmediatamente con todo el ejército para encontrar á Calleja ántes que lograrse reunirse con Cavazos y con Trujillo, que se decia debian reunírsele. ¿Hubiera sido mas conveniente esperar en la ciudad y estar solamente á la defensiva, ó fraccionar en divisiones y brigadas aquella gran reunion para que salieran á operar por distintos rumbos? ¿Lo indisciplinado de las masas, la falta de armamento, la de generales á quienes pudiera confiarse el mando de esas diversas fracciones, y el empeño de las gentes de la raza indígena de estar apiñados en derredor de aquella persona de quien tienen fé, como en esa época la tenian solo en el *cura de Dolores*, impidió tal vez que se adoptara uno de esos dos partidos, y fué preciso decidirse por la salida del ejército en masa con toda su artillería, municiones, dinero y cuanto tenian. Salieron, pues, todos los generales con todo el ejército el dicho día 14 al medio dia. El ejército se componia de cien mil hombres, y llevaban ochenta y dos piezas de artillería; fijo este número porque es el que me ha dado D. Pedro García, á quien he mencionado varias veces, que se encontró en la accion al lado del Sr. Hidalgo. El Sr. Alaman conviene en el número de hombres; pero dice que eran noventa y cinco las piezas de los calibres de cuatro á diez y ocho, y una de á veinticuatro: cuarenta y cuatro de estas piezas buenas y con buen cureñage, que eran las que se habian traído de San Blas, y

las demas, mal montadas, con punterías fijas, sin poderlas variar: asienta tambien el mismo escritor, que venian ya siete regimientos uniformados y regularmente disciplinados; esto era debido á los trabajos de los generales Allende, Abasolo y Jimenez, en el cortísimo tiempo de que, como se ha dicho, pudieron disponer.

En el dia que salieron los generales con el ejército de la ciudad, tuvieron una junta de guerra en el puente grande de Guadalajara, como lo llama el Sr. Alaman, ó de Toluca, que fué el nombre que me dió D. Pedro García. En esa junta se trató, y este fué su objeto, del modo con que se habia de batir á Calleja. El Sr. Allende opinaba, que no siendo fácil hacer maniobrar ordenadamente aquellas masas, en su mayor parte indisciplinadas, lo que convenia hacer era precipitarlas como un torrente ó como una avalancha sobre la tropa de Calleja para desaparecerla. El Sr. Hidalgo sostuvo que debia darse la batalla con todas las reglas del arte, fué secundado por los otros militares que querian hacer ostencion de sus conocimientos, y esta opinion prevaleció. En consecuencia, levantaron el campo y marcharon á colocarse el dia 16 en el puente grande de Calderon. Calleja marchaba para ocupar el mismo puente; pero el ejército independiente llegó ántes que él y le ganó, como suele decirse, la delantera.

El ejército independiente se previno para defender la cabeza del puente, y extendió su línea sobre toda la márgen del rio que está por la parte de Guadalajara, distribuyendo tambien convenientemente la artillería en toda ella, de manera que el puente era el centro de la línea.

Calleja se situó en la ribera opuesta del rio, y para hacer un reconocimiento de la colocacion de las piezas de sus contrarios, hizo disparar dos cañonazos sobre el flanco derecho

de la línea de los independientes; se le contestaron con igual número de tiros: disparó otros dos sobre el centro, y se le correspondieron de la misma manera; en fin, dirigió otros dos tiros sobre el flanco izquierdo, y se procedió por parte de los independientes del mismo modo. A la vez hizo que el capitán D. Antonio Linares practicase con alguna tropa un reconocimiento para encontrar algún paso vadeable en el río, y este hizo empeñar desde aquella tarde una escaramuza, logrando siempre Calleja su objeto, de encontrar el paso que buscaba.

Antes de pasar adelante será conveniente decir, que el Sr. Hidalgo, previendo la unión de Calleja con Cruz, para impedirle situó con anticipación en el puerto de Urepetiro, en el camino que debía de llevar Cruz y por donde tenía necesariamente que pasar, una fuerza de diez mil hombres con veintisiete piezas de artillería, mandados por el cura de la Piedad Macías y por D. Ruperto Mier, que había sido capitán del regimiento de Valladolid, y á quien el Sr. Hidalgo dió el despacho de coronel en su entrada en aquella ciudad, encargándole que organizara un batallón. Esta fuerza fué derrotada por Cruz, lográndose sin embargo en parte el objeto del Sr. Hidalgo de entretener al general realista, quien á pesar de la prisa que se dió, continuando su marcha casi sin levantar el campo, no logró reunirse á tiempo con Calleja, siendo este el que marchó solo y como se ha dicho al puente de Calderon.

La víspera de la batalla, por la noche, se habían encendido en toda la línea del ejército independiente grandes fogatas ó luminarias: á las diez de la noche el general Abasolo recorría la línea á caballo, haciendo apagar las fogatas y previniendo que los centinelas corriesen la palabra en voz no muy alta, de manera que no se percibiera en el campo enemigo.

Llegó en fin el día 17: desde el principio de la mañana comenzó la acción; los realistas tuvieron la ventaja de matar al principio de ella al jefe que mandaba la artillería de la derecha; eso produjo el desorden en aquel lado de la línea de los independientes, y aprovechándose Calleja de este incidente, hizo que Flon avanzase por aquella parte y logró rebasar la línea, y la hubiera envuelto si el general Allende que estaba en el centro no hubiera obrado con demasiada actividad, corriendo á restablecer el orden en esa parte que se desarreglaba, logrando hacer volver á los suyos con tal ímpetu, que hicieron huir á la caballería de Calleja, persiguiendo á los fugitivos y alcanzando á Flon, á quien mataron. Algunos agregaban en aquella época, que le habían sacado hasta la lengua: este odio era bien merecido por parte de Flon; él había manifestado desde su salida de Querétaro odio implacable á los insurgentes, como se llamaba á los defensores de la independencia, y había ordenado y presidido las ejecuciones que se hicieron en Guanajuato. A las seis de aquella mañana se presentaba al Sr. Hidalgo el coronel Marroqui, y le decía: *"He ido hasta los divisaderos y no parece por ninguna parte el ejército del Sr. Iriarte."* Mejor (le contestaba el Sr. Hidalgo), *no tendrá parte en las glorias de este día.* Hasta ese momento, y despues, la victoria estaba por el ejército independiente. Mientras el general Allende había marchado á restablecer el orden en el costado derecho que flanqueaba Calleja, había hecho un esfuerzo sobre el centro, que no estando Allende á su cabeza comenzaba también á ceder; pero Allende volvió con toda velocidad, y tomando una bandera, como Napoleon en el puente de Arcole, se adelantó y arrastró á los suyos, que avanzaron con nuevos bríos sobre Calleja y lo hicieron retroceder. La batalla continuó con estas alternativas, estando indecisa, pero inclinándose la

victoria mas al lado de los independientes. A las tres de la tarde un tiro de la artillería de Calleja incendió unos cuatro cajones de parque: el incendio se comunicó al zacatonal que cubria el campo; era zacate seco, de altura igual ó mayor que la de un hombre; el fuego se propagó con rapidez en una grande extension, y como á la sazón soplase un viento que daba de cara á los independientes y aventaba sobre ellos el fuego y el humo, los hacia volver caras y echar á correr, sin poder voltear á hacer tiro ni puntería, porque se lo impedían los mismos inconvenientes, obligándolos estos á abandonar la artillería, los carros de parque y todo lo que no podían mover. A la vez las tropas realistas, como el zacate se apagaba en el momento que hacia llama, caminaban sobre las cenizas y podían seguir tras de sus contrarios que, como dice Calleja en su parte, iban tan apiñados, que la caballería que marchaba en su persecucion no podia abrirse paso entre ellos. Por esto se ve que aun exagerando Calleja, y haciendo mucho mérito de la derrota, no figura en su parte un número de muertos, heridos y prisioneros, cual pudiera corresponder á un ejército de cien mil hombres, que emprendiese la fuga despues de derrotado. Así es que tampoco hace mérito de haber cogido á alguno de los generales ni de los principales gefes.

Por último, contribuyó á la pérdida de la accion el haberse retirado desde el principio de la tarde el general D. Antonio Torres, que mandaba la izquierda, llevándose los caudales que habia en el campo, que pasaban de trescientos mil pesos. El Sr. Alaman, comprendiendo los hechos, dá á entender que esto pasaba desde el principio de aquel dia, y que el general Lic. D. Ignacio López Rayon habia quitado á Torres los caudales y objetos preciosos que creia se llevaba á su pueblo, que era San Pedro Piedra Gorda. Esto pasó

despues de medio dia: es un hecho que Rayon fué quien llegó con los caudales al punto donde el Sr. Hidalgo y los otros generales se retiraron.

En resúmen, como se ve por lo expuesto, la pérdida de la accion consistió, primero, en la desgraciada casualidad del incendio de la pólvora: en segundo lugar, en no haber venido Iriarte á atacar á Calleja por la rataguardia, como se le habia ordenado, y en tercer lugar, en haber desamparado Torres el flanco izquierdo luego que presintió tal vez que la accion se perdía, sin haber esperado para ello las órdenes del general en gefe.

D. Carlos Bustamante en su Cuadro Histórico, refiere que el incendio fué de un carro de parque; el Sr. Alaman rechaza esta opinion, fundándose en que no lo expresan los gefes de la artillería de Calleja, que se atribuirian la gloria de este acontecimiento como debido á su arma; pero el mismo escritor confirma que no tuvo presente mas que la gaceta del gobierno, porque otros documentos que le remitía el ilustrado religioso carmelita Nájera, fueron robados en el camino y no llegaron á sus manos. La explicacion que yo he dado es la mas natural y verosímil, y la he tomado de lo que me ha referido en Dolores Hidalgo D. Pedro García, testigo presencial de los acontecimientos, y de una carta que me ha escrito en San Luis Potosí el año de 63, cuando yo escribia estos Apuntes en aquella ciudad, D. Joaquín Castañeda, contestando otra que yo le puse despues de haber conferenciado con él. Este individuo, que entonces contaba setenta y cinco años, habia salido de Guadalajara junto con el mayorazgo Cañedo y otro individuo, los tres jóvenes de una edad el año de 11, y acomodados, á la vez que marchó el ejército del Sr. Hidalgo solo para presenciar una batalla que daban cien mil hombres con tantas piezas de artillería, objeto grandioso.

so que si hubiera llamado la atencion en cualquiera punto de Europa, era mucho mas admirable en nuestro país, donde jamas se habia presentado.

El general Calleja, si bien en el parte oficial que dió de la accion, lo hizo de la manera pomposa que es de costumbre en tales documentos, principalmente cuando se ha obtenido un triunfo, y el de que se trata lo fué importantísimo, su comunicacion reservada al virey escrita en el campo de Zapotlanejo al siguiente dia de la batalla, que copia D. Lucas Alaman en el tomo II de su obra, pág. 134, le dice lo siguiente: "En mis oficios de ayer y hoy doy cuenta á V. E. de la accion que sostuvieron las tropas de este ejército contra el de los insurgentes; hago de ellas todo el elogio que merecen, atento al feliz resultado de la accion, llevando por principio hacer formar á ellas mismas y á todo el ejército una tan alta idea de su valor y disciplina, que no les quede esperanza á nuestros enemigos de lograr jamas ventajas sobre un ejército tan valiente y aguerrido; pero debiendo hablar á V. E. con la ingenuidad inseparable de mi carácter, no puedo ménos de manifestarle, que estas tropas se componen en lo general de gente bisoña, poco ó nada imbuida en los principios del honor y entusiasmo militar, y que solo en fuerza de la impericia, cobardía y desórden de los rebeldes, ha podido presentarse en batalla del modo que lo ha hecho en las acciones anteriores, confiada siempre en que era poco ó nada lo que arriesgaba; *pero ahora que el enemigo con mayores fuerzas y mas experiencia, ha opuesto mayor resistencia, las he visto titubear y á muchos cuerpos emprender una fuga precipitada, que habria comprometido el honor de las armas, si no hubiera yo ocurrido con tanta prontitud al parage donde se habia introducido el desaliento y desórden.*" El mismo escritor, en la página 135 del tomo II, despues de

insertar la comunicacion anterior y la contestacion de Venegas, se expresa en estos términos: "El resultado de esta accion estuvo, pues, muy incierto," y en otra parte refiere la demostracion que tuvo que hacer Calleja con un gefe de los que habian huido cobardemente. Se ve, pues, confirmado por la comunicacion reservada de Calleja á Venegas, lo que se ha asentado ántes, esto es, que las tropas realistas fueron replegadas y huyeron vergonzosamente, primero en la carga que dieron sobre la derecha, y luego en la que emprendieron por el centro de la línea de los independientes.

Los recursos con que contó el Sr. Hidalgo, á mas de los donativos recibidos en diversos puntos del camino ántes de entrar á Guadalajara, fueron [\$77,000] setenta y siete mil pesos, pertenecientes á réditos de capellanías y [56,587 81 gs.] cincuenta y seis mil quinientos ochenta y siete pesos, ochenta y un granos que facilitó el cabildo eclesiástico como préstamo patriótico, con calidad de devolucion. De estas sumas se dió recibo firmado por los señores D. Miguel Hidalgo, D. Ignacio Allende y el Lic. D. Ignacio López Rayon.

La batalla del puente de Calderon fué fecundísima en sus resultados: ya en otro capítulo se hablará de sus consecuencias inmediatas; pero no es de esto de lo que ahora se trata: siempre será una locura jugar la suerte de una nacion en una batalla; es poco ménos que jugarla en un albúr ó á los dados: la guerra es siempre azarosa, y las mas acertadas combinaciones de un general, aunque haya previsto hasta los últimos detalles, no bastan muchas veces á impedir un desastre. Dígalo si no, el habilísimo y valiente Napoleon, que tuvo que salir derrotado con el mayor ejército que se ha visto en los últimos siglos, de Rusia, despues de haber triunfado contra toda la Europa, despues de haber hecho en cuatro dias

la campaña de Alemania, de haber visto humillados á sus piés á todos los príncipes de Italia, y de haber logrado establecer á su hermano José en el trono de España, aunque su reinado fuera siempre combatido: dígalo la pérdida de la acción de Waterloo, que le costó el trono, su destierro en Santa Elena, y al fin la vida. En la batalla del puente de Calderon ninguno, ni aun de los mas encarnizados enemigos de la independencia, ha tenido tacha que poner á las disposiciones de los generales que mandaban el ejército independiente; pero su pérdida decidió la suerte de la nacion, porque dió origen á que la guerra se prolongara por once años y á que se derramara mucha sangre. Si el Sr. Hidalgo hubiera triunfado, habria, como él decia lleno de fé y de entusiasmo, venido á comer á Querétaro y á dormir á México: habiendo perdido, vino á terminarse en Setiembre de 821, lo que aquel generalísimo se proponia concluir el 17 de Enero de 1811.

La acción se perdió por causas independientes de su voluntad y de su prevision. Sin embargo de este resultado, ella forma la gloria de Hidalgo y ha prestado mérito suficiente para colocar sobre su cabeza y las de los generales que lo acompañaron, la corona de los héroes: Allende, Abasolo, Aldama y Jimenez eran militares llenos de valor, honor y delicadeza, y por otra parte, hombres de posibles, y habian tenido escuela en el canton que Iturrigaray estableció en Jalapa. Siu embargo, en Setiembre de 810 no eran mas que simples capitanes en el ejército realista, y desplegaron conocimientos muy superiores á los que de su graduacion podria esperarse. Pero el Sr. Hidalgo hasta el 15 de Setiembre de 810, no era mas que simple cura de una congregacion, y reunió en momentos, se puede decir, masas enormes; conmovió con su osadía á toda una nacion diseminada en ciento y tantas mil leguas, y salir á batirse al

frente de un ejército de cien mil hombres, igual por su número á los que combatian á las órdenes del gran capitán del siglo y de sus mariscales y generales; disponer de las tres armas de infantería, caballería y artillería, y combinarlas de una manera que obrasen ordenadamente en la batalla: esto es lo que constituye verdaderamente un genio.

AUMENTO AL CAPITULO XIV.

Aunque con lo que se ha dicho queda concluido el programa que propuse en el sumario de este capítulo, parece conveniente no cerrarlo sin hacer ántes alguna observacion.

Como esta fué la última vez en que el general español D. Félix María Calleja tuvo que batirse con los primeros caudillos del ejército independiente, es conveniente hacer una observacion respecto á este general.

Decia este en carta reservada al virey Venegas, escrita desde Guadalajara el 29 de Enero de 1811, despues de su triunfo en Calderon, que copia el Sr. Alaman en el tomo segundo de su obra, página 210, tomándola del cuadro histórico de D. Carlos Bustamante, lo que sigue:

“Voy hablar á V. E. castellanamente; con toda la franqueza de mi carácter. Este vasto reino pesa demasiado sobre una metrópoli cuya subsistencia vacila: *sus naturales y aun los mismos europeos están convencidos de las ventajas que le resultarian de un gobierno independiente*; y si la insurreccion absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece, segun observo, que hubiera sufrido muy poca

oposición. Nadie ignora que la falta de numerario la ocasiona la península: que la escasez y alto precio de los efectos es un resultado preciso de especulaciones mercantiles que pasan por muchas manos, y que los premios y recompensas que tanto se escasean en la colonia, se prodigan en la metrópoli."

Se ve, pues, por esa carta, que Calleja estaba tan convencido, lo mismo que el Sr. Hidalgo, de la justicia de la independencia, y que solo reprobaba el modo con que se había proclamado.

No solo Calleja tenía esta convicción: el mismo oidor D. Miguel Bataller, presidente de la junta de seguridad en México, que despachó á tantos independientes al patíbulo y condenó á muchos á presidio y otras penas, tenía y aun inculcaba la misma convicción, como en otro lugar se verá.

Comparado lo que dice Calleja en la carta que se acaba de citar con lo que dice el Sr. Hidalgo en el manifiesto publicado en Guadalajara que se ha copiado por nota en otro capítulo, y que el Sr. Alaman publica con el número 8 entre los documentos que forman el apéndice del tomo segundo de su obra, se ve que ambos apoyaban en las mismas razones la justicia de la independencia, y que solo hay diferencia en el modo de expresarse. Ese manifiesto es el único documento solemne en que el Sr. Hidalgo manifiesta las razones que lo decidieron á tomar las armas para proclamar la independencia.

El mismo Sr. Alaman en el citado tomo de su obra, á la foja 348, despues de haber referido varias de las campañas de Calleja hasta el sitio de Cuautla, su segunda vuelta á México, la disolución del ejército que él mandaba y que se llamaba ejército del Centro y los diversos motivos de desavenencia que había entre este general y el virrey Venegas, dice:

"Retirado del mando del ejército, se quedó en México viviendo en la gran casa del marqués de Moncada, junto á San Francisco. ¹ En ella tenía una especie de corte no ménos frecuentada que la del virrey, y asistían de continuo á su tertulia todos los descontentos del gobierno, cuyas operaciones se censuraban en ella con acritud. No faltaban en estas concurrencias personas que haciendo de espías dobles, ponían en oídos de Venegas todo lo que se decía en casa de Calleja, y á este le referían todo lo que habían oído, ó que suponían que había sido dicho por aquel; así iba en aumento el disgusto entre ambos, y los malos informes llegaban hasta la regencia de Cádiz, á la que se le pintaba á Venegas como hombre que procedía sin plan alguno, y se representaba á Calleja como el único capaz de contener y terminar la revolución. Estas habillitas llegaron á tal punto, que los adictos á la revolución residentes en México concibieron la esperanza de que Calleja se pusiese al frente del movimiento y realizase la independencia. Habían organizado estos una sociedad secreta con el nombre de los *Guadalupes*, ² que tenía por objeto mantenerse en correspondencia con los gefes insurgentes y proporcionarles noticias y toda clase de auxilios, teniéndose entendido que esta asociación hizo alguna propuesta á Calleja, que no recibió mal, acaso por estar instruido de todo, y conocer la importancia y fines de aquella reunión; pues por otra parte, cualesquiera que fuesen sus desazones con el virrey, nunca pudo pensarse que llegasen hasta faltar á los principios de fidelidad que profesaba."

¹ Esta casa es hoy el hotel de Iturbida. La habitaba este general cuando fué proclamado emperador por su regimiento de Celaya en la noche del 18 de Mayo de 1822.

² El Sr. Alaman, que no estaba en el secreto, se equivoca. La sociedad de los Guadalupes había comenzado su organización y sus trabajos, como en otra parte se ha dicho, casi tan luego como el Sr. Hidalgo se retiró del monte de las Cruces.